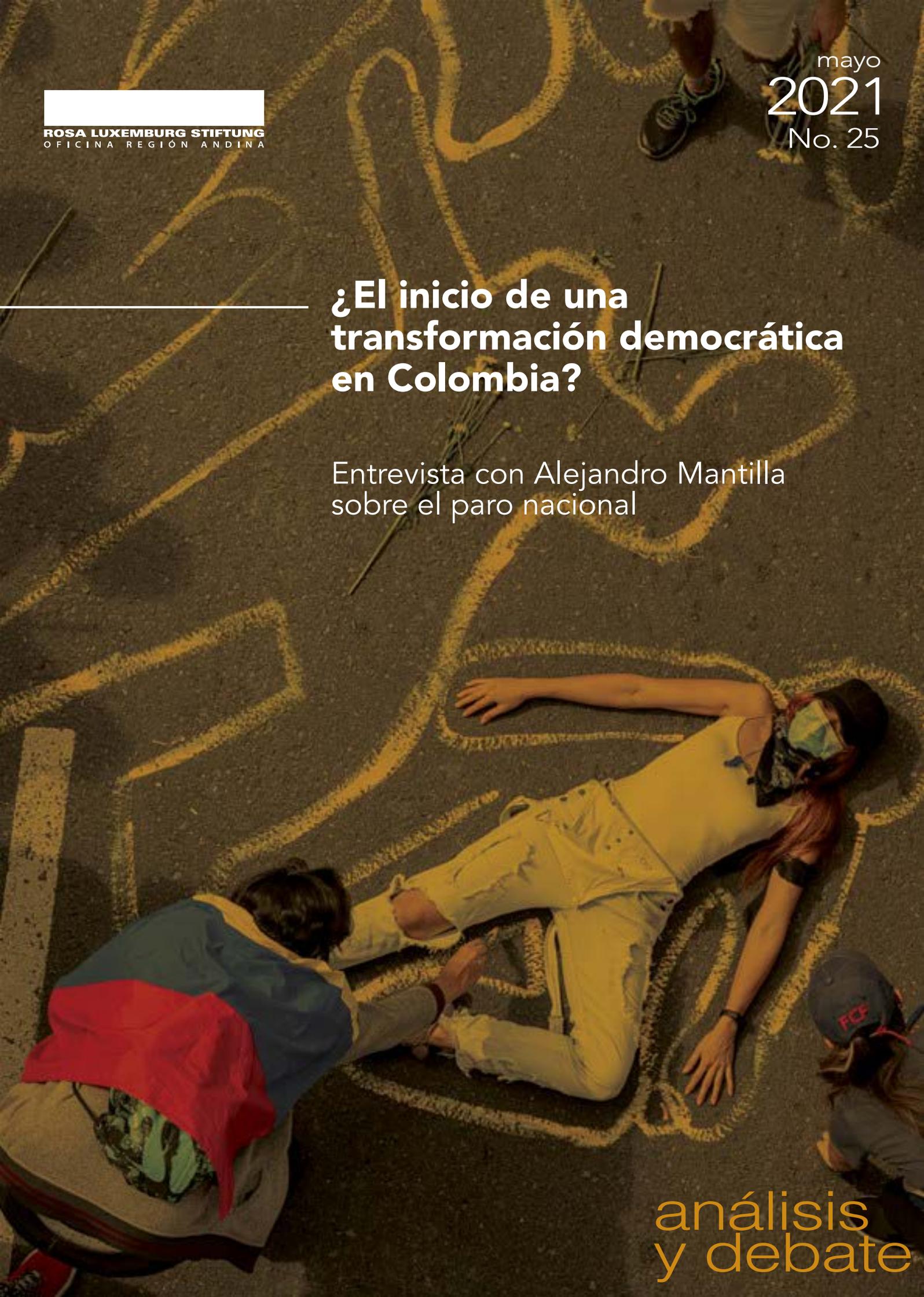


¿El inicio de una transformación democrática en Colombia?

Entrevista con Alejandro Mantilla sobre el paro nacional

análisis
y debate



¿El inicio de una transformación democrática en Colombia?

Entrevista con Alejandro Mantilla* sobre el paro nacional realizada por el equipo de la Fundación Rosa Luxemburg Oficina Región Andina**

20 de mayo de 2021

¿Cuál es el balance provisional del paro? ¿Qué se ha logrado?

Hay varios niveles para abordar la pregunta. En primer lugar, en estos veintidós días de paro se logró detener una reforma tributaria que fue el principal acelerador de la movilización. Ayer cayó una reforma del sistema de salud, que también era objeto de crítica por buena parte de los manifestantes y de los movimientos por el derecho a la salud. La movilización logró detener dos propuestas claramente neoliberales, avaladas por el Gobierno y la derecha colombiana, que iban a agravar la situación de la clase media y de la clase trabajadora en su conjunto, tanto en materia fiscal como en materia de

salud. De entrada, tenemos dos leyes muy lesivas que fueron detenidas, dos contrarreformas claramente neoliberales. Además, dos integrantes del gabinete de Iván Duque, el ministro de Hacienda y la canciller, renunciaron gracias a la presión ciudadana. Sin embargo, lo más importante del paro no se mide por esos logros, lo más importante es que genera otras convicciones y otras creencias en la política colombiana.

El paro expresa un rechazo al modelo económico y al régimen político vigentes, es decir, es un enjuiciamiento a todo lo que representaba el uribismo en los últimos veinte años, y al modelo neoliberal en los últimos treinta. En Colombia, el uribismo redefinió

Foto de la portada: Jorge Calle.

* Licenciado en Filosofía. Ha acompañado a diversas organizaciones campesinas, indígenas y sindicales en Colombia. Hace parte del comité editorial de la revista *La Sinistra*. En la actualidad es profesor ocasional del departamento de Ciencia Política de la Universidad Nacional de Colombia e integrante del Grupo Permanente de Trabajo sobre Alternativas al Desarrollo, que impulsa la Oficina Región Andina de la Fundación Rosa Luxemburg.

** Ana Robayo, coordinadora de Comunicación; Ferdinand Muggenthaler, director de la Oficina Región Andina; y Leonardo Luna, coordinador de proyectos para Colombia.

buena parte del régimen político y, como alianza de clase y expresión política de la derecha colombiana, hoy está siendo impugnado. También es una impugnación al modelo económico neoliberal y extractivista. Hay un rechazo tanto al régimen político como al modelo económico.

Incluso podríamos ir más allá. El pueblo indígena Misak tumbó la estatua de Sebastián de Belalcázar, en Cali, y días más tarde la de Gonzalo Jiménez de Quesada, en Bogotá. De modo que no solamente hay un gesto de rechazo al régimen político y al modelo económico, también hay un rechazo a los valores derivados de la herencia colonial, un rechazo a la élite blanca, al racismo estructural.

Cuando uno mira las movilizaciones, ve iniciativas que tienen una presencia muy fuerte de mujeres jóvenes, o expresiones de mujeres trans que encabezan algunas marchas, tanto en Medellín como en Bogotá. Aquí hay un rechazo de buena parte de los valores establecidos y, para mí, este es el principal logro del paro. Realmente ha mostrado cómo en Colombia hay un cambio de las convicciones, de las creencias y las emociones frente al régimen político, al modelo económico imperante, y también al racismo estructural y al patriarcado.

Parecen muy importantes, ¿pero son logros estructurales?

Ahí se abre la discusión de cuál va a ser la temporalidad de una posible transición política, porque es claro que la sociedad está cambiando y la dinámica de la movilización lo muestra. Pero la gran pregunta

es si vamos a tener un cambio en el corto o mediano plazo, o si se va a demorar más. A pesar de cómo termine el paro, aquí hay un cambio, hay una evolución, pero los ritmos de ese cambio son un enigma.

¿Cuántas víctimas ha creado la represión estatal? Esta ha sido una situación fuerte y muy dolorosa de este paro en Colombia.

La respuesta del régimen ha sido una respuesta de estado de excepción. No se ha declarado constitucionalmente la figura de “conmoción interior”, pero en la práctica hay un estado de excepción. Colombia hoy es una democracia, pero funciona con unos niveles de violencia que tienen poco que envidiarle a una dictadura. El Gobierno nacional ha respondido a la movilización con violencia extrema. Cuantitativamente, hay muchas dudas; si tú me preguntas cuántas víctimas ha creado la respuesta estatal, no lo sabemos con certeza. ¿Por qué? De acuerdo a las organizaciones que están haciendo seguimiento de las violaciones a derechos humanos, hoy tenemos por lo menos medio centenar de víctimas fatales, medio centenar de personas asesinadas en el marco de la represión policial. Pero hay razones para ser escépticos porque —aunque esas cifras salen de un trabajo muy juicioso que hacen organizaciones no gubernamentales, como la Campaña Defender la Libertad, o el grupo Temblores— creo que está siendo muy difícil registrar todo lo que pasa en regiones rurales y apartadas de los centros urbanos. Incluso tengo razones para pensar que las organizaciones no logran registrar mucha de la violencia que se

presenta en las periferias urbanas de Medellín, de Bogotá o de Cali.

No tenemos certeza de cuántas víctimas de violaciones de derechos humanos se han producido en medio del paro, a pesar del valioso trabajo de las organizaciones defensoras de derechos humanos que hacen esos registros. Tampoco tenemos certeza de cuántas agresiones sexuales ha generado la policía contra las mujeres, aunque hay cifras aproximadas. En buena medida, lo anterior es resultado de una realidad política: el Gobierno de Duque tiene bajo su control los organismos del Ministerio Público, tanto la Procuraduría como la Defensoría. Así que no hay un organismo estatal independiente, con cobertura nacional, que nos aporte una estadística digna de confianza. Más allá del número de víctimas, que está por establecerse, me parece más importante denunciar ciertas prácticas represivas. Por ejemplo, durante los primeros días de la movilización, en ciudades como Cali o como Pasto, la fuerza pública acondicionó recintos deportivos masivos, estadios y coliseos, para encerrar a manifestantes, como al inicio de la dictadura chilena. Insisto, el nivel de represión estatal no tiene nada que envidiar a muchas dictaduras. La capacidad movilizadora y la solidaridad internacional logran limitar la brutalidad, así como el trabajo de las organizaciones defensoras de derechos humanos, pero la represión estatal ha sido desbordada.

¿Cuáles interpretas como las causas estructurales que mantienen la movilización por más de veinte días? Has dicho que dos contrarreformas neoliberales han sido derogadas, sin

embargo, la gente sigue en las calles. ¿Cuáles son las causas de fondo?

En Colombia se generó una sociedad del “no-futuro”, como consecuencia del modelo neoliberal. La gente más joven no sabe cuál va a ser realmente su porvenir porque el Estado colombiano no brinda posibilidades de forjar un proyecto de vida a mediano y largo plazo. Buena parte de la juventud de los sectores populares en el país no tiene acceso a educación superior, no tiene acceso a un empleo con garantías y está sometida a una violencia cotidiana.

En el pasado, los sectores juveniles que se movilizaban tendían a reflejar cuatro tipos de procesos: las juventudes de organizaciones de izquierda, las expresiones contraculturales, el movimiento universitario y la renovación generacional de los movimientos sociales. Hoy, sobre todo en las ciudades, vemos una protesta barrial-popular masiva. Precisamente en los sectores sociales a los que han negado oportunidades desde el Estado, porque lo único que ofrece realmente el Estado es la violencia policial.

Se puede decir que hay un rechazo del modelo económico, del régimen político, del patriarcado y hasta de la matriz colonial. Todo eso es cierto, pero también hay un hartazgo de esa sociedad del no-futuro. Eso explica que muchos jóvenes, en muchas ciudades y también en los campos, digan que van hasta las últimas consecuencias. Muchas personas jóvenes en este paro asumen que es ahora o nunca. En ese orden, la movilización apunta hacia la búsqueda de esperanza contra la sociedad del no-futuro.

Y por último, también hay un catalizador crucial: el Gobierno impopular de Duque, que no ofrece salidas, que tiende a ser muy torpe, y a la vez muy represivo.

Hemos oído de jóvenes que decían estar comiendo mejor en las ollas comunitarias que se hacen en los puntos de paralización. Eso habla de unos niveles de pobreza profundos...

Sí, claramente, eso se ha visto mucho en Cali donde hay muchos puntos de bloqueo y donde la solidaridad generó una dinámica permanente de ollas comunitarias, de abastecimiento alimentario popular. Los muchachos comen mejor en los bloqueos que en sus casas. Hay dos ejemplos muy interesantes y muy trágicos, ¿por qué la gente prefiere arriesgarse a exponerse al virus que quedarse en la casa sin protestar? Muchos carteles y murales lo han dicho: se teme más al Gobierno que a la Covid. Y eso que en toda América Latina el virus golpea más a los sectores populares. Hay una rabia contenida que la pandemia ha profundizado. El otro ejemplo es la alimentación que reciben los jóvenes en los bloqueos. Todo eso da cuenta de una sociedad en estado de desesperación y con voluntad de transformación.

¿Puedes profundizar respecto a cuáles son las características de la población movilizadora en estos momentos en Colombia?

Un aspecto muy interesante de estos días de movilización es la diversidad de actores involucrados. En Colombia, desde 2008 venimos en una especie de recomposición del

movimiento popular: hay más capacidad de movilización y más capacidad de protesta, pero esta movilización, a diferencia de las anteriores, tiene más actores en juego. La Minga Social y Comunitaria de 2008, por ejemplo, fue liderada por indígenas y campesinos del suroccidente. La movilización de 2011 fue liderada por estudiantes universitarios. En los paros agrarios de 2013, 2014 y 2016 vimos un liderazgo de indígenas, campesinos, afrocolombianos y pequeños propietarios rurales. En 2017, hubo dos movilizaciones regionales muy poderosas en Chocó y Buenaventura. Incluso el paro de noviembre de 2019 fue muy urbano. Hoy vemos una diversidad de actores que se expresan al mismo tiempo, eso también explica la fuerza y la continuidad de la movilización. Vemos un sujeto barrial popular en las ciudades grandes como Bogotá, Medellín, Cali o Bucaramanga, así como en ciudades intermedias como Pereira, Buga o Jamundí. También vemos una movilización indígena que ha sido muy constante en la historia reciente de Colombia, y que hoy es más amplia que las mingas del pasado. Pensemos en una organización como la OPIAC, que agrupa a los pueblos amazónicos y de la Orinoquía, una organización que comparativamente se moviliza mucho menos que los pueblos andinos, pero esta vez se han expresado públicamente. Tenemos otros casos, como los indígenas de Caquetá o los indígenas de Antioquia. A lo anterior también se suman movilizaciones afrocolombianas y campesinas, en especial en el suroccidente colombiano.

Tenemos un sujeto barrial popular, tenemos un sujeto campesino, un sujeto afrocolombiano, tenemos también un sujeto indígena más

amplio que en las movilizaciones anteriores, y tenemos una gran diversidad de repertorios. Eso es bien interesante, porque revela que hay una gran capacidad de recreación de las dinámicas de la protesta. Vemos marcha, concentración, bloqueo, tropel con la policía, marcha-Carnaval, performance, grafiti callejero, clases a la calle, derribo de estatuas de colonizadores, coreografías de mujeres trans... La población movilizada hoy es más diversa que en ocasiones anteriores, tanto en su composición como en sus repertorios.

En la historia de Colombia, el paro más fuerte del que teníamos noticia fue el de septiembre de 1977: un paro sindical y de las izquierdas organizadas. En contraste, en el de 2021 tenemos una gran diversidad de sujetos.

Eso es muy interesante en un contexto de crisis regional. Entendemos que hay una dinámica particular de territorialización del paro en Colombia.

Lo más visible ha sido la movilización de algunas ciudades, en especial Cali, la tercera ciudad más importante del país. También se destacan Bogotá, Medellín, Pereira y Bucaramanga. Sin embargo, insisto en que este paro, a diferencia de anteriores movilizaciones, tiene una extensión geográfica mayor.

Hay cuatro claves: es la movilización con mayor duración temporal¹; la más extendida geográficamente, la movilización con más sujetos involucrados y también con mayor diversidad de repertorios.

Eso hace pensar que hay mucha simpatía con el paro, pero en realidad ¿cuánto apoyo tiene?, ¿o hay rechazo también en algunos sectores?

Esa es una pregunta difícil. Por un lado, en términos de la cotidianidad de la movilización, se nota un mayor apoyo que en situaciones anteriores. Hoy se ha fortalecido la solidaridad con los manifestantes. Por otro lado, se podría constatar con algunos sondeos. La semana pasada salió [una encuesta](#) en *El Tiempo*, el diario de mayor circulación nacional, que dice que el 84% de los jóvenes apoya el paro. Creo que eso es un muy buen indicador.

No obstante, hay operaciones en marcha que buscan deslegitimar el paro. Se ha constatado el accionar de grupos paramilitares o parapoliciales que en ciertos barrios exigen a los tenderos que cierren sus negocios. A mi juicio, buscan generar una imagen de caos y desabastecimiento para que sectores de la ciudadanía condenen el paro. Por otro lado, en ciudades como Jamundí y Yumbo, quemaron edificios de las administraciones municipales. Los manifestantes han denunciado que tales acciones no tienen relación con la movilización, sino que se trató de acciones parapoliciales. Ojalá se hagan investigaciones serias al respecto.

En la dinámica desde el 2008 –que mencionas como dinámica de ascenso de la movilización social, o han sido paros agrarios que apoyan las ciudades, o han sido paros urbanos donde los campesinos y campesinas,

¹ Hasta el cierre de esta entrevista, Colombia llevaba veintinueve días de movilización.

afros, indígenas, participan tangencialmente— ¿cómo ves la condensación de las luchas rurales y las luchas urbanas? ¿Fluye mejor?

Coincido en que una clave de esta movilización ha sido ese relevo entre lo rural y lo urbano. En la historia reciente de Colombia ha habido fuertes movilizaciones rurales y urbanas, pero de manera paralela. Esta vez ocurre algo muy diferente, esta vez tenemos un juego de relevos muy interesante, de una solidaridad impresionante en la coyuntura, pero también nos encontramos con una paradoja que nos toca pensar. Hace unos seis o siete años, la convergencia en la Cumbre Agraria, Campesina Étnica y Popular fue muy importante, reflejando las exigencias del sujeto campesino, indígena y afro, y también, en menor medida, urbano, que elaboró un pliego transformador de la sociedad. Hoy, aunque la Cumbre ya no tenga la fuerza de hace unos años, se nota una gran capacidad de respuesta del campesinado, de los indígenas y los afro en este proceso de movilización. No sé hasta qué punto también hay una dinámica en el movimiento campesino, indígena y afro, sobre todo en el campesino, que muestra cómo la movilización rebasa las viejas plataformas organizadas. Esa es la gran paradoja, procesos organizativos debilitados pero mayor capacidad de movilización. Lo que estamos viviendo en términos de relevos entre lo rural y lo urbano, entre movimientos campesino, indígena y afro con las dinámicas barriales y populares urbanas es de lo más interesante que hemos visto.

¿Qué rol juegan las marchas de camisetas blancas, hay quienes creen que abren una puerta a acciones paramilitares violentas?

Al respecto, hay varios hechos que reseñar. Lo primero, las marchas de camisetas blancas en Cali recubren una acción de corte parapolicial contra la Minga Indígena, eso hay que decirlo y está muy bien documentado. El domingo 9 de mayo, la minga fue atacada con disparos de civiles que, curiosamente, usan esas camisetas blancas. Esa acción dejó, al menos, diez heridos: una de mucha gravedad, Daniela Soto, una líder indígena muy reconocida. Varios videos verificados muestran a civiles vestidos con camiseta blanca, ubicados al lado de agentes de policía, disparando a los indígenas, pero los policías no los detienen aunque estén cometiendo un delito.

Esa es una acción de corte paramilitar. Creo que esas manifestaciones de las camisetas blancas recubren de legitimidad esas acciones paramilitares que, además, tuvieron un claro discurso racista, porque muchas manifestaciones de camiseta blanca, en el caso de Cali, en realidad eran manifestaciones antiindígenas y antiprotesta. Esas manifestaciones han generado un factor de riesgo muy grande para quienes protestan. El atentado contra la minga estuvo antecedido de unas operaciones en las que se comprobó que vehículos de la policía transportaban hombres de civil que atentaron contra manifestantes.

El caso de Pereira también merece una mención. El alcalde de la ciudad hizo un llamado a constituir un frente común entre civiles y las fuerzas armadas para “recuperar el orden”. Después de ese llamado, en el viaducto de Pereira se produjo un atentado en el que dispararon a varios jóvenes; uno de ellos Lucas Villa, quien murió posteriormente. Fue una acción muy extraña porque, en principio, se denunció que fueron civiles quienes dispararon, pero fue una operación demasiado sofisticada como para que lo hubiera hecho cualquier civil sin entrenamiento. Eso genera muchas dudas.

Otro caso reciente se produjo en Medellín. Un civil, en un momento de exaltación, disparó a unos chicos que se estaban manifestando. Creo que son acciones coordinadas que intentan infundir temor en la población que protesta. Hay que decir que el principal agente de ese tipo de manifestaciones ha sido Álvaro Uribe Vélez, quien, vía Twitter, instó a la fuerza pública a que ataque a los manifestantes y ha instado también a los civiles a que hagan lo mismo. Aquí hay acciones parapoliciales, acciones muy violentas que han cobrado heridos y muertos, y que han buscado generar temor en la población, sobre todo en Cali, Medellín y Pereira.

¿Por qué estos actores paraestatales, paramilitares, intervienen violentamente contra los participantes en el paro?

Duque, en este momento, tiene tres apoyos. El primero son las fuerzas militares y policiales, que se han alineado con él. El segundo es el Consejo Gremial, que agrupa a los grandes empresarios del país. El tercero se

encuentra dentro del propio Estado. A pesar de su debilidad aparente, Duque logró anular todo contrapeso dentro del Estado. La Procuraduría, la Defensoría, la Contraloría, la Fiscalía, todas esas instituciones están alineadas con el Gobierno.

Duque tiene esos tres apoyos: Consejo Gremial, fuerzas militares y el nivel central del Estado colombiano; pero no tiene popularidad entre la población. Ante su pérdida sostenida de popularidad y las dificultades para la generación de consensos con la ciudadanía, Duque acude a la coerción. Como en la metáfora del centauro de Maquiavelo: consenso y coerción; como Duque no genera consensos, acude a la coerción. La dinámica represiva que está detrás de la acción militar, policial y parapolicial, se explica porque ha sido la manera a través de la cual el régimen ha intentado mantener el orden político. Como no tiene un apoyo popular, como no tiene capacidad de maniobra, como no logra consensos, entonces la gran carta a jugar de Duque es la coerción, la represión pura y dura.

Eso hasta ahora no le ha funcionado al Gobierno porque, a pesar del baño de sangre, la gente sigue movilizada. Aunque ya en este punto hay cansancio y es difícil continuar, pero la movilización continúa. La coerción es el producto necesario de un Gobierno que no tiene capacidad de generación de consensos ni de acuerdos con los manifestantes.

Un segundo factor es el carácter de la clase dominante colombiana, que para los estándares de América Latina, y del mundo, no está acostumbrada a negociar: cuando

negocia, negocia entre ella, y si negocia con otros sectores distintos a los de la clase dominante, tiende a incumplir los acuerdos. Hoy el Gobierno está en la cabeza del sector más conservador de esa clase dominante.

El Gobierno de Duque no está dispuesto a ceder, no está dispuesto a generar cambios ni diálogos para algún tipo de transición política o algún tipo de medidas para paliar la crisis. Ante ese carácter de un sector al que no le gusta dialogar, al que no le gusta negociar, al que no le gusta abrir canales de solución a la crisis, la única respuesta sostenida ha sido la represión. Hasta ahora ha habido un baño de sangre, pero no le ha servido a Duque para aguantar la crisis o para alivianarla.

Los medios de comunicación colombianos y ecuatorianos han hablado de vandalismo y de grupos armados de disidentes o vinculados al narcotráfico detrás de las acciones violentas. ¿Qué papel juegan realmente estos grupos?

Lo del vandalismo es una especie de libreto que ha adoptado la prensa corporativa y los sectores más conservadores en Colombia para deslegitimar la protesta. Un relato muy constante, pero que cada vez tiene menos aceptación en la población, porque es muy claro que la protesta tiene unas motivaciones éticas y políticas bien justificadas y bien conocidas por la mayoría de la población en Colombia. En algunas ocasiones, como ocurre en cualquier protesta masiva en el mundo, hay algunos casos puntuales de daños a bienes públicos o privados. Que ocurran esas acciones en el marco de la acción colectiva,

no deslegitima ni cambia la dinámica del grueso de la protesta.

Por supuesto, en algunas ocasiones hay personas ajenas a la movilización que buscan aprovechar la situación para robar o cometer delitos comunes, pero esas acciones no están en el núcleo de las dinámicas políticas de la movilización. Como señalé antes, hay sospechas de que sectores contrarios a las movilizaciones alientan actos vandálicos para deslegitimar la protesta. El caso de Jamundí es diciente, porque la administración tenía un muy buen diálogo con los manifestantes, y extrañamente la alcaldía aparece quemada. Un manifestante que tiene un buen diálogo con la alcaldía no promovería ese tipo de acciones, lo cual hace pensar que hay sectores contrarios a la movilización que alimentan este tipo de sucesos. El grueso de la protesta en Colombia ha sido pacífica y tranquila en el marco del debate público.

Las disidencias de FARC son los sectores que: o bien no firmaron el acuerdo de paz o bien volvieron a las armas tras los incumplimientos del acuerdo. Esas disidencias son muy diversas, no son un grupo homogéneo, e incluso entre ellas tienen fuertes enfrentamientos. Algunas tienen un claro carácter político, otras no tienen un carácter político tan claro y por momentos parecen actuar más como brazo armado del narcotráfico. Lo cierto es que ninguna disidencia hoy en el país tiene tanto peso como para definir el rumbo de una movilización tan grande como la que estamos viviendo. Las disidencias hoy tienen un peso muy puntual en algunos lugares del país, y realmente no tienen

el nivel de influencia política como para determinar acciones de tipo nacional.

Colombia es un país en el que tradicionalmente sus mafias han exportado drogas ilícitas o proscritas. Esas mafias han sido un factor de estabilización del régimen político y económico y de las clases dominantes, más que un factor desestabilizador.

A finales de los ochenta, parte de los carteles del narcotráfico entraron en conflictos con algunos sectores de los partidos tradicionales, en particular por la extradición de capos a Estados Unidos, pero esa etapa se superó con la muerte de Pablo Escobar, en la que participaron otros sectores de la mafia. Así que los carteles del narcotráfico se han acoplado, se han articulado con sectores del establecimiento tradicional. Fenómenos como la “parapolítica” durante los Gobiernos de Uribe Vélez, mostraron que había una muy clara articulación entre sectores de los partidos afines al uribismo y sectores del narcotráfico que evolucionaron en ejércitos paramilitares. El narcotráfico en Colombia no ha sido un factor que aliente la movilización social, más bien ha sido lo contrario: el paramilitarismo como brazo armado de un sector de las mafias del narcotráfico ha sido una estrategia de ataque a las organizaciones sociales y al movimiento popular.

Tal vez en algunos casos haya muchachos que se dedican al microtráfico y que tal vez participan de algunos bloqueos, pero creo que esos casos, si llegasen a presentarse, serían minoritarios. Ni el narcotráfico, ni las disidencias, ni siquiera las insurgencias,

tienen hoy la capacidad de generar actos de movilización tan grandes.

Regresando al tema de la población movilizada, en el paro ¿cómo se pueden describir las disputas políticas interpartidarias en el campo popular?, ¿o se han forjado verdaderos escenarios de unidad?

Algo muy interesante de esta movilización es que desbordó cualquier plataforma organizativa, cualquier partido, cualquier dinámica habitual del movimiento social. En el pasado era muy claro quién estaba en la movilización. Era el Congreso de los Pueblos, la Marcha Patriótica, la Cumbre Agraria, las dignidades agropecuarias, el movimiento indígena, eso era muy claro, ahora no.

Esta movilización, en la mayoría de los casos, es autoconvocada. Ya habíamos visto un adelanto de esa tendencia en 2019, pero en esta movilización fue mucho más claro. Es decir, son vecinos, grupos de amigos, de familiares, que se encuentran para generar dinámicas de paro. Por supuesto, ahí también están las organizaciones, está el Congreso de los Pueblos, el Partido Comunista, el PST, el Polo Democrático, el Partido Comunes, Ciudad en Movimiento, o el movimiento estudiantil. Pero el grueso de la movilización, a mi juicio, son dinámicas muy autoconvocadas, o son colectivos barriales, o colectivos feministas. El paro es popular en el sentido de que es autoconvocado y de que el grueso de la población se metió en la dinámica del paro. Aquí no hay un organismo central que dirija y, precisamente, eso se

explica por el descontento que irradió a la mayoría de la población.

Un punto de mucho debate es la relación entre las personas que están movilizadas y el Comité Nacional de Paro, en el cual hay un protagonismo importante de las centrales sindicales. El comité convoca a la movilización del 28 de abril, pero no tiene la capacidad de dirigir la movilización. La movilización, en su cotidianidad, depende de dinámicas muy locales, de gente autoconvocada, y eso ha generado un abismo, una brecha, entre las organizaciones del Comité Nacional de Paro y las dinámicas cotidianas de la gente que se está movilizándose.

En esa brecha, algunas personas movilizadas no se sienten representadas y recogidas en ese comité. Incluso, en el comunicado que salió el domingo o el lunes festivo pasado, el mismo Comité Nacional de Paro decía: “Nosotros no estamos representando el conjunto de la población”, y está recogiendo una realidad. Eso genera una gran dificultad, porque si hubiera algún escenario de concertación o diálogo con el Gobierno, sería muy difícil tener una instancia que realmente fuera representativa del grueso de la protesta.

En medio de la diversidad, la riqueza y la autoconvocatoria en este paro, también veo una cierta distancia entre las dinámicas organizativas habituales y la dinámica actual de la movilización. Eso genera grandes preguntas de lo que viene en el futuro. En este momento hay esfuerzos interesantes para articular expresiones organizadas que no se sienten representadas por el Comité de

Paro y que han sido decisivas en la protesta, pero seguramente consolidar esos procesos llevará tiempo.

Eso da la impresión de que se genera un complemento: las organizaciones tratando de articular, con su papel más estructural, y la gente más espontánea dando vida y chispa al paro.

El gran problema radica en que hay muchas dinámicas movilizadas que no ven con legitimidad al Comité de Paro. Tenemos dos tendencias bien distintas; por un lado, es saludable que haya dinámicas de base que quieran tener protagonismo, pero al mismo tiempo también hay unos discursos muy peligrosos. Por ejemplo, en mucha de la gente joven hay un discurso de crítica al sindicalismo, ni siquiera a la burocracia sindical, sino al sindicalismo como mecanismo de organización de la clase trabajadora. Es muy normal en las izquierdas radicales que hagamos crítica a la burocracia sindical. El problema es que mucha gente joven critica la misma noción de sindicato, lo ve con desconfianza, y eso puede ser muy peligroso porque puede generar también sospecha frente a la clase trabajadora organizada que se junta para pelear por sus derechos. En los sindicatos hay de todo, gente muy decente y otra corrupta. Echar en el mismo saco todo el movimiento sindical revela un problema de representatividad.

Aunque el Comité de Paro está reconociendo que no representa al conjunto de la movilización, le ha faltado más astucia en generar algún tipo de vasos comunicantes con los procesos asamblearios, con los procesos

autoconvocados y con los puntos de movilización en todo el país. Le ha faltado más voluntad política para hablar con otros y salirse de sus propias claves.

Sigue siendo una movilización muy interesante, a pesar de esas brechas que comentas. ¿Ves posibilidades de fortalecimiento en cuanto a las opciones de transformación social? Al final de las movilizaciones de 2019 se temía una desarticulación posterior al entusiasmo generado por la espontaneidad de las protestas. ¿Puede este paro del 2021 ser visto como un proceso o una secuencia del 2019 y sostener procesos futuros?

Esa es la pregunta más importante. Quiero pensar que esta movilización es un paso decisivo para una posible transición política hacia una revolución democrática en Colombia. Estas dinámicas de la movilización pueden ser el inicio de una gran transformación social, política y económica en el país. Yo lo quiero ver así. No solo son resultados de 2019, sino una inmensa riqueza de recomposición del movimiento social que, a mi juicio, tiene una ruptura en 2008, con la Minga Social Comunitaria y lo que viene en adelante: el movimiento estudiantil universitario, los paros agrarios, las mingas indígenas, el movimiento de consultas populares contra el extractivismo, algunos paros sindicales que fueron importantes, como el de Sintracarbón, y todo eso confluye en este estallido.

Es un correlato del 2019, pero también de otras dinámicas, incluso procesos de mayor duración. El movimiento de consultas

populares contra el extractivismo, mucho del movimiento feminista, que viene ganando mucha fuerza en el país, mucho de la comunidad trans, que hoy ha ganado una visibilidad que antes no tenía.

Puede ser el inicio de una transición democrática y de una revolución democrática. Sin embargo, hay que recordar que un fascista es un liberal asustado. Aquí no hay que descartar que en el corto o mediano plazo haya un nuevo giro autoritario por parte de la clase dominante en Colombia. Eso es un riesgo que siempre estará latente, porque lo que estamos viviendo aquí en términos de violencia es muy grave, incluso para nuestros estándares.

Colombia es un país que ha pasado por la peor violencia contra el movimiento sindical; es un país en el que se ejecutó un plan de eliminación, a punta de bala, de un partido político de oposición como la Unión Patriótica; es uno de los países con mayor número de asesinatos a líderes ambientales. Aquí la violencia ha sido connatural a la acumulación de capital y a la composición de la clase dominante, pero lo que estamos viendo en este momento es un nivel mayor de violencia, incluso para esos estándares. Tengo mucha esperanza, pero también es posible que arrecie esa reacción violenta contra el movimiento popular y contra la gente que se está manifestando.

Tres palabras definen el momento: esperanza, miedo e incertidumbre. En estos contextos la esperanza es un deber, y estoy convencido de que esos veintidós días de movilización revelan que la sociedad colombiana está cambiando en sus afectos, sus

creencias y sus convicciones. La pregunta es cuánto tiempo nos vamos a tomar para que esto se traduzca en una transformación institucional del régimen político y el modelo económico.

¿Qué crees que se puede hacer desde afuera? Es muy fuerte pensar en un recrudecimiento aún mayor de la represión.

La solidaridad internacional ha sido impresionante y realmente agradezco a cada espacio que me invita desde fuera de Colombia,

porque algo que ha contenido al Gobierno de Duque de tener un giro aún más fuerte, en términos autoritarios, es la visibilidad internacional.

Lo más importante es seguir manteniendo la solidaridad con la movilización y sobre todo en la denuncia de los casos de violación de derechos humanos, que han sido realmente muy graves. Esa es la clave de la solidaridad internacional: mantener ese apoyo a este proceso de cambio y mantener la solidaridad al visibilizar las violaciones a derechos humanos tan graves que hoy están ocurriendo.

¿El inicio de una transformación democrática en Colombia?

Autor: Fundación Rosa Luxemburg Oficina Región Andina

20 de mayo de 2021

Publicado por: Fundación Rosa Luxemburg Oficina Región Andina

Miravalle N24-728 y Zaldumbide

Teléfonos: (593-2) 2553771 / 6046945 / 6046946

info.andina@rosalux.org / www.rosalux.org.ec

Quito · Ecuador

Diseño: Freddy Coello

Foto de la portada: Jorge Calle

Revisión de textos: Yanuva León

Coordinación: Ana Robayo

Esta publicación es financiada con recursos de la FRL con fondos del BMZ (Ministerio Federal para la Cooperación y el Desarrollo Económico de la República Federal de Alemania). Esta publicación o algunas secciones de ella pueden ser utilizadas por otros de manera gratuita, siempre y cuando se proporcione una referencia apropiada de la publicación original.



Esta publicación opera bajo Licencia Creative Commons Atribución No Comercial, sin Modificaciones 3.0. Todos los contenidos pueden ser usados y distribuidos libremente siempre que las fuentes sean citadas.